

1029046

BC RM F/13

CANTARES

DE

D. MELCHOR DE PALAU

Precedidos de un prólogo

POR D. MANUEL CAÑETE

de la Academia Española

Segunda edición

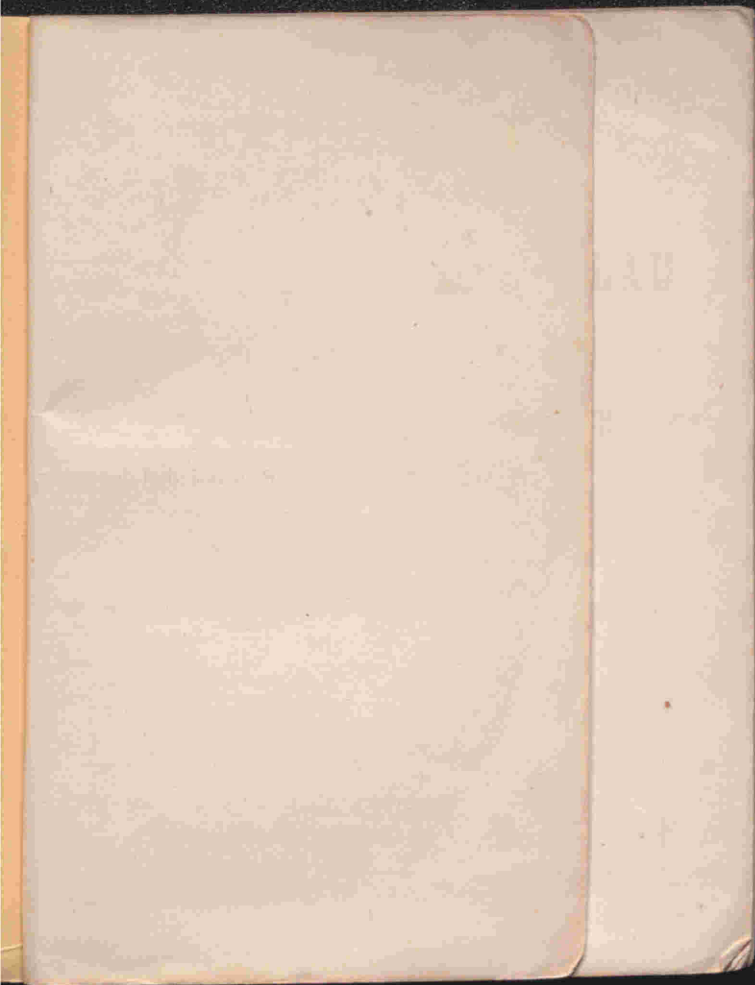
MADRID

1866

IMPRENTA DE MANUEL GALIANO

Plaza de los Ministerios, 2

CF-6



Es propiedad del autor.

CANTARES.

D. MICHAEL DE PALAU

Impreso en 1884

PER D. MANUEL GARCIA

CANTARES.

INTRODUCTION

86 (Palau, 3. Cantares)

86-1 < 1857

CANTARES

DE

D. MELCHOR DE PALAU

Precedidos de un prólogo

POR D. MANUEL CAÑETE

de la Academia Española

Segunda edición

MADRID

1866

IMPRENTA DE MANUEL GALIANO

Plaza de los Ministerios, 2

“Rodríguez Marín”

CONTENTS

THE MESSIAH IN THE PALACE

BY THE AUTHOR

FOR THE MESSIAH GALLERY

IN THE PALACE OF THE MESSIAH

BY THE AUTHOR

THE MESSIAH

BY

THE MESSIAH GALLERY

IN THE PALACE OF THE MESSIAH

Á LA SEÑORA

DOÑA FRANCISCA CATALÁ DE PALAU.

Madre mia : próximo á publicarse este libro , te ha arrebatado la muerte de la tierra al cielo. No hay distancias para el amor, ni vallas para el cariño filial. Á ti pensaba dedicar estos humildes *Cantares* ; á tí los dedica

tu hijo que de corazon te adora ,

MELCHOR.

PRÓLOGO.

«El pueblo es un gran poeta.» Historiadores y críticos han repetido esta frase cien y cien veces en España y en otros países. Con ella dan á entender que si hay una poesía denominada *erudita*, debida al númen de ingenios conocidos y bien cultivados, hay otra más al alcance de la multitud, y cuyo autor es el pueblo mismo, ¿Quién es, pues, ese gran poeta llamado pueblo? ¿Por qué los frutos de su inspiracion pasan de gente en gente sin perder su ingenuidad y frescura, y son como coetáneos de diversas generaciones? Puntos son estos que requieren ámplio exámen, y que fuera conveniente dilucidar exentos de toda preocupacion. Y aunque los estrechos límites de un *Prólogo* como el presente no

permiten entrar de lleno á ilustrarlos, todavía la índole peculiar de los *Cantares* de Palau consiente decir aquí algo de lo mucho que pudiera decirse acerca del particular.

Un erudito individuo de la Academia de la Historia, el Sr. D. Emilio Lafuente Alcántara, sienta en el bien trazado Discurso que precede á su *Cancionero Popular*, que á cada paso llegan á nuestros oídos millares de composiciones bellísimas de *un ingenio desconocido y siempre oculto*, pero el más fecundo de los ingenios, porque se inspira de sus propios sentimientos; y que *este poeta es el pueblo*, esta poesía *sus cantares*. El mismo diligente colector añade en otro lugar, que «á cada instante, en fiestas, en serenatas, en romerías, aún en la soledad de los campos, brotan á centenares *de la mente de un inculto labriego* estas breves composiciones, insulsas frecuentemente, llenas á veces de entusiasmo y de poesía, ó del mayor gracejo y chiste; y se oyen una vez para no volverse á oír jamás, conservándose sólo, y corriendo de boca en boca y de pueblo en pueblo, aquellas más conformes con el comun sentir, que más se

adaptan á situaciones frecuentes, ó que más profunda impresion causan en el ánimo por la verdad de su concepto, por la belleza de su forma, por su oportuno chiste, y á veces por sus extrañas imágenes.»

Otro escritor contemporáneo de justa fama, que blasona principalmente de rendir culto á la sencilla musa del pueblo (1), discurre de esta manera: «Desde mi niñez ha sido mi embeleso la poesía popular; desde mi niñez han derramado en mi alma inefables delicias esas coplas desaliñadas, pero ingenuas y frescas y gratas como las alboradas de San Juan, que el pueblo compone y canta para expresar sus alegrías y sus tristezas, sus placeres y sus dolores, sus amores y su fe, su patriotismo y sus glorias.»

Fernan Caballero, el más admirable intérprete de los afectos sinceros y delicados, el más sublime pintor de la naturaleza que ha tenido España desde Cervantes, piensa también que el pueblo inventa más fácilmente

(1) D. Antonio de Trueba.

que aprende, é improvisa con más gusto y afición que repite.

Para el discreto académico, lo mismo que para el poeta vascongado y para el inimitable autor de los *Cuadros de Costumbres*, los cantares del pueblo que duran y se transmiten y llegan á perpetuarse en la memoria, sorprendiéndonos á veces, deleitándonos por lo común y conmoviéndonos siempre, ya por lo profundo del concepto, ya por la oportunidad del chiste, cuándo por lo afectuoso y delicado, cuándo por la sencillez, amenidad y gracia de la forma, cuándo, en fin, por la exactitud y belleza de la expresión, suelen nacer en terreno inculto, sin que llegue á saberse qué aires benéficos ó qué manos bienhechoras depositaron en él la semilla que los produce.

Esta opinión, generalmente admitida, debe tener mucho de exacta cuando la profesan y siguen personas que tanto valen. Permítaseme, sin embargo, apuntar algunas observaciones, no ya para contradecirla, ni ménos para refutarla, sino más bien para explicar su verdadero sentido tal como yo lo comprendo. Quizá pueda servirnos esta explicación para

descubrir quién es *el ingenio desconocido y siempre oculto*, que llaman pueblo, dotado de tan envidiable virtud poética.

La palabra, ha dicho un escritor filósofo (1), no pudiendo hablar á los ojos, se dirige á la imaginacion y le presenta espectáculos que la vista no abarcaria jamás. La palabra rie, llora, dibuja, pinta, describe, enumera, razona: tal es el órgano incomparable de la poesía. Merced á ese instrumento, hace pasar á sus obras lo visible y lo invisible, el alma y la materia, lo finito y lo infinito, el universo y Dios.

Pero la palabra humana, como de condicion inmaterial, no tiene eficacia para deleitarnos y cautivarnos con el solo aspecto de su gráfica representacion. Su poder estriba en lo que expresa, no en el signo con que lo expresa; y en esto consiste una de las principales diferencias que hay entre las obras del Criador y las de la criatura. En vano pediréis á la palabra, como combinacion de signos mudos, que despierte en vuestra alma el

(1) *Ch. Levéque.*

poético y figurado. De esto se ve mucho en el vulgo, y muy principalmente en la gente campesina, sobre todo en las provincias meridionales de nuestra Península. Hasta es posible que haya alguno de tan feliz inventiva y de inspiración tan eficaz, que adivinándolo todo, gracias al misterioso poder de sus ingénitas facultades, atine con la fórmula poética, encerrando su idea en los concisos términos de una seguidilla ó de una copla, tan contorneada y bien medida como la pudiera formar el arte más excelente. Estas, sin embargo, han de tenerse por rarísimas excepciones.

La poesía, dice nuestro gran Cervantes, no se ha de dejar tratar de los truhanes ni del ignorante vulgo, incapaz de conocer ni estimar los tesoros que en ella se encierran. ¿Y qué poesía más poética, digámoslo así, que la encerrada en ciertos cantares de la musa popular?

«Todo lo puede el amor,
todo el dinero lo vence,
todo lo consume el tiempo,
todo lo acaba la muerte.»

Los conceptos de esta copla son sin duda alguna verdades al alcance de todo el mundo. ¿Puede asegurarse lo mismo de la forma sentenciosa, de la gradacion y artificio con que están expresados para hacer que se fijen determinadamente en el ánimo?

Entra el amor por los ojos,
se deposita en el pecho,
le alimentan los oídos,
y le matan los desprecios.

¿Es este lenguaje propio de gente vulgar y ordinaria?

Quien diga que ha enamorado
sin sufrir ni padecer,
ó siempre ha sido muy necio,
ó nunca ha querido bien.

¿Se expresán así los rústicos?

Mira que te mira Dios,
mira que te está mirando,
mira que te has de morir,
mira que no sabes cuándo!

¿Hablan de este modo los incultos labriegos?

Si oyes que tocan á muerto,
no preguntes quién murió;

porque, ausente de tu vista,
¿quién puede ser sino yo?

La elegancia de esta bien sentida copla ¡no denuncia en su autor una cultura poética superior á la del vulgo?

El pueblo es un gran poeta; pero lo es, no porque hayan de estimarse como fruto de la inspiracion vulgar todos, ni siquiera la mejor parte de los cantares que se le atribuyen, sino porque sabe hacer suyos cuantos interpretan fiel, sencilla y naturalmente sus ideas é impresiones. Porque tienen este poder mágico de la verdad expresada con belleza, viven y pasan de generacion en generacion conservando siempre su hermosura y juvenil atractivo.

Ni la poesía popular, ni ninguna otra clase de poesía, puede ser fruto espontáneo de la ignorancia y rudeza. Abrojos y cardos, que no rosas y claveles, nacen en los eriales. Por regla general, el *vulgo*, en quien se pretende con avieso espíritu vincular el nombre de *pueblo*, léjos de producir hermosas flores poéticas, vicia y afea las que se apropia engendradas en las casas de los hombres que

saben. De esta mala propension del vulgo hay ejemplos muy antiguos. Citaré uno que me parece curioso, y de quien nos ha conservado memoria el Infante D. Juan Manuel.

Un caballero de Perpiñan, que vivia en tiempos del Rey D. Jaime I y era un gran trovador, oyó al pasar por cierta calle que un zapatero se recreaba en decir la mejor y más popular de sus cántigas. Pero la decia tan erradamente en las palabras y en el son, que enojado el poeta descendió del caballo y se sentó junto á él. El zapatero siguió cantando, y cuanto más decia más confundia la cántiga; hasta que indignado el trovador de la torpeza del artesano que tan mal paraba sus versos, tomó unas tijeras é hizo muchas cortaduras en cuantos zapatos encontró á mano. Así vengó en las obras del zapatero la falta de inteligencia con que este estropeaba la suya. ¡Cuantos zapateros no hay aún como el de Perpiñan, que pasan á los ojos de algunos por poetas populares, y sólo saben echar á perder felices inspiraciones de verdaderos poetas!

Curiosísimo seria buscar en nuestros antiguos cancioneros y romanceros y en nuestras

obras dramáticas, desde los orígenes del teatro, el de gran parte de los cantares del pueblo. Engolfándonos en tal estudio, quizá no fuera difícil encontrar el verdadero padre conocido de muchos recopilados como anónimos en cancioneros modernos. Sin salir del presente siglo, ¿quién que haya vivido algún tiempo á orillas del Guadalquivir, ó en las playas gaditanas, no ha oído cantar durante las alegres noches de primavera la siguiente seguidilla?

«Ven, hermosa serrana,
ven á mi selva,
que el sol por esos campos
tu rostro quema.
Ven y no tardes,
que aquí hay fuentes y sombras
y amor y amante.»

¿Ó bien esta de tan afectuosa dulzura?

«Amoroso suspiro,
vuela á mi bella;
vuela tan silencioso
que no te sienta.
Y si te siente,
dile que eres suspiro,
no de quién eres.»

Pues estas popularísimas seguidillas, como tantas otras que han cambiado de padre y corren hoy por hijas del *pueblo*, ó lo que es igual para ciertas gentes, como creacion espontánea y privativa del *vulgo*, son fruto de la suave y culta musa de un ingenio conocido, son del insigne humanista y poeta D. Alberto Lista y Aragon.

Pero ¿á qué buscar otro ejemplo, cuando tenemos á la vista el que ofrecen los lindos *Cantares* de Palau que siguen á estos renglones? No pasará mucho sin que todos, ó la mayor parte de ellos, corran de boca en boca por las poblaciones de nuestra Península y por las que hablan todavía la sonora lengua de Cervantes en uno y otro hemisferio. Vivos en la memoria del pueblo, cuando el oleaje de los tiempos haya hecho desaparecer las hojas frágiles y perecederas en que ahora salen á pública luz, no faltará quien los tenga por hijos legítimos de la musa popular, é ignorando el nombre de su verdadero padre, los atribuya discretamente al *ingenio desconocido y siempre oculto que se inspira de sus propios sentimientos*.

Sin embargo, el autor de estas amorosas

y bien nacidas inspiraciones, tan verdaderas en el fondo y en la forma, no es un tosco montañés, ni un rudo aldeano, ni un inculto labrador, ni siquiera un menestral con mayor roce de gentes, clases que en gran parte constituyen el conjunto llamado pueblo. D. Melchor de Palau y Catalá, nacido en la ciudad de Mataró por Octubre de 1843, es un jóven de ilustracion y cultura, versado en el conocimiento de las ciencias que al parecer concuerdan menos con los erráticos movimientos de la inspiracion poética. De su vocacion científica, de su aptitud para soportar los que el gran Balzac denomina asaltos prematuros de los conocimientos humanos, es testimonio evidente el haber llegado ya á ser aspirante del cuerpo de Ingenieros de Caminos, Canales y Puertos; carrera de fuertes y ásperos estudios, y en que todavía (cosa rara entre nosotros) sólo arriban aquellos que á su disposicion natural reunen la aplicacion y el saber. Acaso haya quien tenga por extraño fenómeno ver unidas en persona entrada apenas en los floridos espacios de la juventud predisposiciones tan distintas. Á estos podria-

mos decirles, con el *licenciado Vidriera*, que la ciencia de la poesía encierra en sí todas las ciencias, porque de todas se sirve, de todas se adorna y pule y saca á luz sus maravillosas obras.

Las del jóven Palau son de tal naturaleza, que bastará leer algunos de sus preciosos *Cantares*, para reputarle desde luego por verdadero poeta. Entendimiento maduro, á pesar de sus cortos años, distingüese por una dulce y apacible melancolía que, sin degenerar en afectada tristeza ni en prematuro y risible desencanto de la vida, presta á sus breves coplas el más halagüeño hechizo. Cándidos brotes de un corazon noble y puro, los *Cantares* de Palau, pocos en número, pero ricos en belleza, son como olorosas flores del campo salpicadas de cristalino rocío. Diríase al leerlos que un amor mal correspondido, que un temprano desengaño le ha herido profundamente, sin llevarle no obstante, á maldecir del amor ni á dejarse dominar del negro escepticismo que ahora mina la existencia y la felicidad de no pocos jóvenes, secando desde muy luego la sávia generosa del corazon, y convirtiéndolos

en malos amantes, en malos amigos, en malos hijos, y por consiguiente en malisimos ciudadanos.

«De la mar en las playas,
junto á las olas,
te encontré, hermosa niña,
cogiendo conchas.

Entre la arena
tú una concha buscabas,
yo hallé una perla.»

Esta primera impresion que nos arrastra naturalmente al culto de la mujer, y que en los años juveniles despierta en el alma ilusiones tan risueñas, tarda poco en ser fuente de inesperados pesares. La falta de amorosa correspondencia en aquella cuya simple vista nos habia hecho alimentar la idea de convertir el mundo en un paraíso, destruye y borra instantáneamente el alcázar de tantas seductoras imaginaciones:

«¡Cómo quieres que los aires
cruce un pájaro sin alas!
¡Cómo quieres que yo viva,
si me quitas la esperanza!

Y como el desamor engendra siempre amargura, el poeta procurará desahogar su pecho exclamando :

« Pastores que preguntais
las horas á las estrellas,
preguntadles si algun día
veré el fin de mi tristeza. »

Ô prorrumpirá con honda pena en estos dolorosos acentos :

« Procura no despertarme
cuando me veas dormir :
no sea que esté soñando,
y sueñe que soy feliz. »

Mas si despues de verse un instante correspondido se atreve á echar en rostro á la ingrata su falsía, le oirémos decir , sin que el acerbo desden que inspira la gratitud le haga traspasar el límite del comedimiento :

« Á la orillita del río
prometiste serme fiel;
y el río que te conoce.
murmuró... no sé por qué. »

« Ojos azules tenía
la mujer que me engañó;
ojos de color de cielo :
mira tú si fué traicion ! »

«En el sitio en que te hallé
mandé poner una cruz;
que allí murió mi alegría
donde me miraste tú.»

«Por sendas de ilusiones
fui caminando,
y en los bosques perdíme
del desengaño.»

Este, sin embargo, no le arroja en la impía desesperacion á que tan fácilmente se dejan ir, al leve amago de la más insignificante contrariedad, los jóvenes de enfermiza y soberbia despreocupacion que abundan en la edad presente.

Ya conoceis á Palau como cantor amoroso y tierno. ¿Quereis saber qué pensamientos le inspira la fe que enriquece su corazon, la filosofía que lo ilustra, el precoz conocimiento de la vanidad mundana y de los engañosos deleites? Pnes oidle:

«Caminito del deseo
me encontré con la verdad;
pero la ví tan severa
que me hizo volver atrás.»

«No niegues tu pan al pobre
que de puerta en puerta llama;
quizá te enseña el camino
que tú seguirás mañana.»

«No pienses mal nunca, niña;
que los malos pensamientos,
subiendo en forma de nube,
tapan las puertas del cielo.»

Si quiere pintar lo corrosivo del vicio, bástale un solo rasgo para cautivaros con la novedad y finura del concepto :

«En las rosas de tu cara
un beso acaban de dar:
rosas que picó un gusano
presto se deshojarán.»

Si intenta personificar el efecto que causa el pudor cuando reprime ó contiene acciones ó palabras indignas, os regalará con esta preciosa imagen :

«Dios quiso que la vergüenza
fuese una flor encarnada:
para que la vieran todos
la hizo brotar en la cara.»

Si se propone recordar la rapidez con que

se desliza á su fin la vida, le oireis decir esta verdad en felicísimos versos :

«Rio arriba, rio arriba
nunca el agua correrá;
que en el mundo, rio abajo,
rio abajo todo va.»

Encarecer aquí la importancia de estas inocentes flores de perfume tan suave y concentrado, ofenderia el buen gusto del lector. Palau canta con la envidiable espontaneidad con que canta el ruiseñor en los bosques, porque Dios le hizo poeta. Como la chispa oculta en el pedernal necesita para salir de él el choque del eslabon, la facultad poética de Palau no empezó á darse cuenta de sí misma hasta que recibió el choque de otra inspiracion feliz expresada en versos armoniosos. Las poesías de Selgas, primeras que cayeron en manos de nuestro autor, ejercieron este oficio: tanta afinidad de sentimiento existe entre ambos poetas. ¡Felicidad grande del que hoy sale por primera vez á la luz del público, haber tenido por despertador de su fantasía (más luminosa y propia de ingenios me-

ridionales que del trovador nacido en la industriosa y varonil Cataluña) las sanas y olorosas composiciones de *La Primavera!* ¡Dichoso yo que, sin otro mérito que saber apreciar el ageno, puedo gloriarme de presentar hoy á los amantes de la lirica española, como lo hice un dia con el poeta de las flores, con el agudo y elegante autor de tantos escritos verdaderamente originales, otro modesto poeta digno de estimacion y de aplauso!

Madrid 1.º de Enero de 1866.

Manuel Cañete.

CANTARES.

I.

¡Cómo quieres que los aires
cruce un pájaro sin alas !
¡Cómo quieres que yo viva ,
si me quitas la esperanza !

II.

Á la luna contar quise
mis daños y desventuras ;
mas callé, que me dió pena
hacer penar á la luna.

III.

En las rosas de tu cara
un beso acaban de dar :
rosas que picó un gusano
presto se deshojarán.

VI.

Si el color de mis suspiros
fuese como el de mi pena,
vieras en el firmamento
formarse una raya negra.

V.

Fuiste piedra mal sentada
de mi vida en el arroyo ;
en tí mi planta apoyé ,
y sumergime en el fondo.

VI.

Para volar* nace el ave ;
para perfumar , la flor ;
para morir nace el hombre :
para amar, el corazon.

VII.

Morenita, que en los ojos
y en el traje llevas luto,
no vistas de color negro
la esperanza que en tí fundo.

VIII.

Siempre que oigo las campanas
me dan ganas de llorar;
porque pienso que ellas solas
en mi muerte llorarán.

IX.

Hice con tu amor, niña,
como aquel árbol
que atrae con sus hojas
súbito rayo.

Si el rayo viene,
el árbol cariñoso
de amor perece.

X.

Dios, con rodëar de espinas
las rosas de los rosales,
nos enseñó que lo bueno
se logra á fuerza de sangre.

XI.

Quisiera subirme al cielo
y estampar tu nombre allí,
para que al alzar los ojos
pensaran todos en tí.

XII.

¡Cómo bajas á la fuente
por la mañana á mirarte,
teniendo mi corazón
y en él impresa tu imágen!

XIII.

Cada ángel más en la gloria
es del mundo un ángel ménos;
que al tiempo que aquí le entierran
le bautizan en el cielo.

XIV.

Yo soñé, prenda del alma,
que me encontraba á tu lado;
mas al sentir tanta dicha
soñé que estaba soñando.

XV.

En el pecho y en dos cunas
amor y los celos duermen;
cuando uno de ellos despierta,
al otro despierta siempre.

XVI.

Yo antes era duro roble
que no movian los vientos,
y ahora soy mimbre delgado
que me doblo á tus deseos.

XVII.

Pastores , que preguntais
las horas á las estrellas,
preguntadles si algun dia
veré el fin de mi tristeza.

XVIII.

Ojos azules tienes
color de cielo ;
tu corazon es rojo ,
color de infierno.

XIX.

Si me arrimo á una pared ,
sobre mí temo que caiga ;
que el que nació desgraciado
teme todas las desgracias.

XX.

Bien sabes tú que yo tengo
como cera el corazón,
y me miras, sin embargo,
con esos ojos de sol.

XXI.

Quisiera morirme pronto
y ángel del cielo volverme,
para serlo de tu Guarda
y estar á tu lado siempre.

XXII.

Cadenita de la vida,
pena dan tus eslabones;
que á un eslabon de placeres
siguen muchos de dolores.

XXIII.

Llorando le dije
al ángel de Guarda :
la ausencia es mi muerte, siquiera un momento
prestadme las alas.

XXIV.

Contemplé por largo rato
tu carita de lucero,
sin ver, en mi ceguedad,
que me iba quedando ciego.

XXV.

Yo derramé llanto amargo
sobre un ciprés de su tumba,
y creció, que los cipreses
van creciendo entre amarguras.

XXVI.

Del sitio donde nacimos
siempre una marca tenemos :
ángel del cielo bajado,
los ojos tienes de cielo.

XXVII.

Estoy tan acostumbrado
al dolor y á la desgracia,
que casi los necesito
como los peces el agua.

XXVIII.

Las rosas de tus mejillas
rosas sin espinas son ;
clavadas las tengo todas
en mi pobre corazon.

XXIX.

Las lucecitas que brillan
de noche en el cementerio,
están diciendo á los vivos :
«acordaos de los muertos».

XXX.

Envidia tengo á las nubes
que lloran agua serena :
ellas lloran desde el cielo ,
yo lloro desde la tierra.

XXXI.

Si lo que yo pienso en tí
colgara de mis cabellos ,
cabellos me faltarian
para tantos pensamientos.

XXXII.

De la mar en las playas ,
junto á las olas ,
te encontré, hermosa niña,
cogiendo conchas.

Entre la arena
tú una concha buscabas,
yo hallé una perla.

XXXIII.

Tanto y tanto lloré un día
á la sombra de aquel árbol,
que lo amargo de mi pena
volvió sus frutos amargos.

XXXIV.

Por la senda de la vida
vamos tropezando siempre,
y al fin y al cabo caemos
en la fosa de la muerte.

XXXV.

Una flor tierna y hermosa
tus manos han arrancado :
¡pobre flor! pronto sabrá
lo que es estar en tus manos.

XXXVI.

¡Pajarillo, tú que vuelas
por esos mundos de Dios,
dime si has visto en tu vida
un sér más triste que yo!

XXXVII.

Devuélveles á las rosas
el color que les robaste;
tú de nada necesitas
para parecer un ángel.

XXXVIII.

Caminito del deseo
me encontré con la verdad;
pero la ví tan severa
que me hizo volver atrás.

XXXIX.

Ayer tarde estuve haciendo
castillitos en la arena,
y al mismo tiempo pensaba
en tu amor y en tu firmeza.

XL.

¡Oh madre, no llores,
no llores así !
Un hijo perdiste, mas tienes un ángel
que vele por tí.

XLI.

Siento que en mi corazon
una pasionaria nace,
y cada vez que me miras
una de sus flores abre.

XLII.

Consulté con las estrellas
para saber mi destino,
y noté que se movian
y formaban tu apellido.

XLIII.

Anoche en el cementerio
se escapó un *ay* de tu boca :
¿por quién suspirabas, niña,
en tal sitio y á tal hora?

XLIV.

Sentada junto á la mar
iba diciendo sus penas ;
y al preguntarle yo cuántas,
me señaló las arenas.

XLV.

Tengo yo en mi corazon
una flor tan arraigada,
que si arrancarla quisieran
me arrancarian el alma.

XLVI.

Bien dijo una jítana
cuando naciste ;
«de luto está la estrella
que te preside».

XLVII.

¡ Qué mucho que estando ausente
de los rayos de tus ojos ,
en las sombras de la pena
vaya entrando poco á poco !

XLVIII.

Las ramitas del querer,
que brotan dentro del pecho ,
crecen y se fortifican
con el aire de los celos.

XLIX.

Tormento doy á mis ojos
llorando de noche y dia,
pues ellos tienen la culpa
de toda la pena mia.

L.

Cuando no estás á mi lado
no soy el que siempre soy;
soy un corazon sin sangre,
un medio dia sin sol.

LI.

La rosa de mis placeres
mojó la lluvia del llanto;
y sus hojas una á una
desprendiéronse del tallo.

LII.

De tu mejilla en el hoyo
tengo apostado un suspiro
que me dice las palabras
que de tu boca han salido.

LIII.

Todo en invierno,
todo blanquea:
por eso miras llena de canas
ya mi cabeza.

LIV.

Oí que quien siembra coge,
y no dí paz á la mano :
sembré dichas y esperanzas,
y recogí..... desengaños.

LV.

Si los suspiros que doy
los diese á orillas del mar,
por ser tantos y tan grandes
moverian tempestad.

LVI.

Yo creí que lo más firme
resistia más al tiempo :
¡ay pobrecito de mí,
que de firmeza me muero!

LVII.

Al contemplar tu cariño
tan helado y tan sin vida ,
pienso que flor trasplantada
tiene las hojas marchitas.

LVIII.

Soy como el caracolito
que lleva áuestas su casa,
pues sobre mí llevo siempre
el peso de mis desgracias.

LIX.

Al almendro más florido
fui á contarle mi dolor ;
y se cayeron sus flores
de la pena que sintió.

LX.

Lo miro mucho y remiro,
lo miro y no lo comprendo ;
que me den tus ojos vida ,
cuando por ellos me muero.

LXI.

Antes mirarás la playa
toda cubierta de estrellas,
y de arenas todo el cielo,
que ver menguar mi firmeza.

LXII.

Si quieres tus amores
tener ocultos,
cuida que de tal fuego
no salga el humo.
Jamás suspires,
que es el humo un suspiro
que «fuego» dice.

LXIII.

Poder tienen, por ser tantas,
las lágrimas que yo vierto,
para lavar tu conciencia
de todo el mal que me has hecho.

LXIV.

Dicen, niña, que los ojos
son las ventanas del alma :
pues la mía no hace más
que hablarte por la ventana.

LXV.

Para ir de este mundo al otro
hay una larga escalera,
toda de espinas formada,
con mil vueltas y revueltas.

LXVI.

Cuida que Dios no te vea
esos ojos de lucero ,
pues creerá que le has quitado
dos estrellas de los cielos.

LXVII.

Las nubes, cuando hay tormenta ,
á la mar corren por agua ;
y el corazon, cuando sufre,
corre á los ojos por lágrimas.

LXVIII.

Son de amor las cadenas,
segun voy viendo,
por fuera plata y oro,
por dentro hierro.

LXIX.

Procura no despertarme
cuando me veas dormir;
no sea que esté soñando,
y sueñe que soy feliz.

LXX.

Los ojillos de la cara
se parecen á las flores,
pues se nos abren de día
y se nos cierran de noche.

LXXI.

En el árbol del amor
subí á la rama más alta ;
por eso cuando caí
fué más grande mi desgracia.

LXXII.

Hizo mal quien comparó
tus ojos á los luceros ;
tus ojos les aventajan
en que brillan siendo negros.

LXXIII.

Á los hierros de tu reja
les contaré mi pesar ,
y se ablandarán de oirme ,
y ancho paso me abrirán.

LXXIV.

Á Roma pienso yo ir
á pedirle al Padre Santo
que el pecado me perdone
de haberte querido tanto.

LXXV.

Ojos azules tenia
la mujer que me engañó;
ojos de color de cielo:
mira tú si fué traicion!

LXXVI.

En la tierra nacen lirios,
en la mar nacen corales,
en mi corazon amores,
en tu boca falsedades.

LXXVII.

Yo bajo un árbol me fui
á llorar mis desengaños,
y el árbol bajó sus ramas
y enjugó mi triste llanto.

LXXVIII.

Hasta las mismas gaviotas
que cruzan mares y mares
se admiran de ver tanta agua
como por mis ojos sale.

LXXIX.

Si yo pudiese abriria
en los cielos una grieta
para ver si la de un ángel
igualaba á tu belleza.

LXXX.

Por el jardin del placer
alegre mi alma volaba;
la hirió el dolor con su espina,
y se cayeron sus alas.

LXXXI.

Con la flor te han comparado,
y es buena comparacion;
pues á todos enamoras
sin que tú sientas amor.

LXXXII.

Una nube de tristeza
cubrió tu rostro de cielo
al cruzar tu frente el rayo
de un amargo pensamiento.

De un amargo pensamiento
que dió sombra á tu mirada,
é hizo caer de tus ojos
copiosa lluvia de lágrimas.

LXXXIII.

No temas que el amor huya
de la cárcel de mi pecho,
porque toda mi firmeza
le sirve de carcelero.

LXXXIV.

Rojos son tus labios, niña,
¡cómo no han de serlo, dí,
si estás bebiendo mi sangre
desde el día en que te ví!

LXXXV.

En el cementerio entré,
y dije al sepulturero:
abre un hoyo pequeñito
para un corazón que ha muerto.

LXXXVI.

¿Dónde vais, ojos, por agua
para llorar tanto y tanto?
—Vamos por ella á los mares
profundos del desengaño.

LXXXVII.

Para ser ángel, bien mio,
las alas sólo te faltan;
que Dios te dió con la vida
belleza, virtud y gracia.

LXXXIII.

El tronco de la firmeza
es tan corpulento y ancho
que no hay brazos en el mundo
que consigan abrazarlo.

LXXXIX.

Tienes en la cara , niña ,
lo mejor de cielo y tierra ;
dos rosas en tus mejillas ,
y en tus ojos dos estrellas ,

XC.

Tu estás rie que rie ,
goza que goza ;
yo estoy sufre que sufre ,
llora que llora .

XCI.

No te admire que tus ojos
contemple con tanto afan :
son las losas del sepulcro
en donde mi dicha está .

XCII.

Nada basta á sostenerme,
y en mis dolores me apoyo,
que es, de todo lo del mundo,
lo más duro que conozco.

XCIII.

Ciego soy y vivo triste;
porque estoy pensando siempre
que sólo veré la luz
á la sombra de la muerte.

XCIV.

En la jaula de mi pecho
cantaba risueña un ave;
tú entraste en él, y acabaron
al momento sus cantares.

XCV.

Son las plegarias y el llanto
que el hombre eleva al Eterno,
escalones con que forma
una escala que va al cielo.

XCVI.

Arroyo, que presuroso
te diriges hácia el mar,
despacio caminarias
si supieses dónde vas.

XCVII.

Causa de mi perdicion,
no te pongas á mi paso;
no me recuerdes venturas
que en desventura acabaron.

XCVIII.

Cuando descienda á la tumba,
los ojos dejadme abiertos
para que pueda llorar
el bien que al morirme pierdo.

XCIX.

De la blancura el cetro,
cierta mañana,
la azucena y la nieve
se disputaban.
Tú te asomaste,
y quedáronse mudas
ambas rivales.

C.

Rio arriba, rio arriba
nunca el agua correrá;
que en el mundo, rio abajo,
rio abajo todo va.

CI.

Yo soy como los cipreses
que rodean tu sepulcro,
pues vivo cerca de tí
y léjos de todo el mundo.

CII.

Estrellitas de los cielos,
no la dejeis subir más,
y decidla que me espere,
que poco puedo tardar.

CIII.

Dios quiso que la vergüenza
fuese una flor encarnada :
para que la vieran todos
la hizo brotar en la cara.

CIV.

Me comparo á las abejas ,
que se mueren cuando pican ,
pues el dia en que te amé
fué el último de mi vida.

CV.

Nunca va por el mundo
la dicha sola ;
que van naciendo espinas
al par que rosas.

CVI.

Yo te quisiera poner
junto al astro más brillante,
para que te vieran todos
y no te alcanzara nadie.

CVII.

Ayer nació una esperanza;
pero se murió tan presto,
que tuvo cuna y sepulcro
en un rincón de mi pecho.

CVIII.

Tus ojos verde de mar,
tus labios como corales,
y tu corazón más bello
que una perla de los mares.

CIX.

No cubras nunca de flores
los sepulcros de los muertos;
eleva en ellos plegarias,
que son las flores del cielo.

CX.

En duro bronce tenia
forrado yo el corazon;
mas tú lo has vuelto de cera
y en él has escrito «amor».

CXI.

Dejadme á mí que llore,
como hago siempre:
dejad correr el agua
por donde suele.

CXII.

Las hojas y la esperanza
cuánto se parecen, cuánto!
Todo verdor al principio,
todo amarillez al cabo.

CXIII.

Desde que al mundo bajaste
con esos ojos tan bellos,
se ha notado que hay un claro
en el azul de los cielos.

CXIV.

A la orillita del río
prometiste serme fiel;
y el río, que te conoce,
murmuró... no sé por qué.

CXV.

Cada pesar nos arranca
del corazón un pedazo,
hasta que no hay corazón
para tanto desengaño.

CXVI.

Si ves las flores mojadas,
no lo achagues al rocío ;
son lágrimas que mis ojos
por tu desden han vertido.

CXVII.

Voy á preguntar á un sábio
lo que tanto me sorprende :
y es, que abrasarme consiga
una mujer toda nieve.

CXVIII.

Tengo un caudal de recuerdos
y otro caudal de esperanzas:
pasado todo y futuro;
presente no tengo nada.

CXIX.

Una carta le mandé
con mi llanto humedecida,
y ella acabó de mojarla
con sus lágrimas de risa.

CXX.

Como espuma de los mares
de tu cara la blancura;
tu firmeza y tu constancia
como del mar las espumas.

CXXI.

Estrellas y luceros
tienen envidia
de ver que con tus ojos
su luz humillas.
Envidia tienen;
que ellos lucen de noche,
tú cuando quieres.

CXXII.

Padezco una enfermedad,
la de pegárseme el llanto:
si alguno llora sus males,
ya somos dos á llorarlos.

CXXIII.

Cuando tus pisadas siento
me pongo como la grana :
y es, que por verte se asoman
los colores de mi cara.

CXXIV.

Hay un rio que separa
esta vida de la eterna,
y se atraviesa en un barco
forrado en bayeta negra.

CXXV.

Quien te comparó á la luna
dijo en una dos verdades;
que eres hermosa como ella,
y como ella eres mudable.

CXXVI.

Hierro duro fué mi pecho
que un tiempo resistió á todo;
mas al fin se vió atraído
por el iman de tus ojos.

CXXVII.

Eres paloma del bosque,
eres rosal en maceta,
eres estrella del cielo,
eres ángel en la tierra.

CXXVIII.

Responde, si es que lo sabes :
¿cuál es más duro castigo,
el ver morir á su amada,
ó el querer sin ser querido?

CXXIX.

La hermosura y la desgracia,
como dos buenas amigas,
cogiditas de la mano
por esos mundos caminan:

por esos mundos caminan,
sin que se haya visto nunca
andar sola la desgracia
muy léjos de la hermosura.

CXXX.

¡Ojalá fuese la herida
que tu engaño abrió en mi pecho
de aquellas que brotan sangre,
que así me matara al ménos!

CXXXI.

Quisiera ser poderoso
para convertirte en playa,
y á mis labios en dos olas
que bajaran á besarla.

CXXXII.

Tras la lluvia de los cielos
más bella se alza la flor:
tras la lluvia de los ojos
más bello está el corazon.

CXXXIII.

Todo este mundo mundano
es solo una mascarada
en que el corazon se pone
la careta de la cara.

CXXXIV.

Yo ví castillos de amor,
que parecían eternos,
á los aires de la ausencia
quedarse al rape del suelo.

CXXXV.

Dijo un sábio: «yo no paro
hasta encontrar la verdad:»
y en los brazos de la muerte
vino por fin á parar.

CXXXVI.

Aquel beso de amor lleno
que me diste en la mejilla,
fué golpe dado á una puerta
que despertó el alma mía.

CXXXVII.

Por cada pena del mundo
hay en el cielo un placer;
por eso á cada tormenta
verás un íris en él.

CXXXVIII.

No digas que me miras,
mujer ingrata;
dí más bien que tus ojos
en mí los clavas.

CXXXIX.

Compárame al desterrado
que arrastra dura cadena,
pues léjos de tí suspiro
y atado estoy á mis penas.

CXL.

¡Que no llore! Y ¿qué me importa
lágrima ménos ó más?
¿Qué importa que llueva ó no
sobre las aguas del mar?

CXLI.

Muchos hay que oro y más oro
en amontonar se afanan,
sin pensar que para Dios
toda esa moneda es falsa.

CXLII.

¿Cómo quieres que yo exprese
la fuerza de mi cariño,
si en pós de tí se me fuéron
todos mis cinco sentidos?

CXLIII.

Tan hechas están mis lágrimas
á rodar por mis mejillas,
que se han abierto dos surcos
para bajar más de prisa.

CXLIV.

Si aseguran que los ojos
son de las almas espejo,
¿de qué color es la tuya
siendo tus ojos tan negros?

CXLV.

Al cielo voy á subir
á coger un par de estrellas
para ahuyentar con su luz
las sombras de mi tristeza.

CXLVI.

¡Ay! ¿qué sería del árbol
que llamamos de la vida,
si la esperanza sus hojas
no pintara cada día?

CXLVII.

Como al dormir siempre sueño
que estoy hablando contigo,
al despertar me parece
mucho más largo el camino.

CXLVIII.

Para amar tomé ejemplo
de la paloma;
por eso estoy llorando
como ella llora.

CXLIX.

Pienso hacer un agujero
en la losa que me cubra
para observar desde allí
si rezas junto á mi tumba.

CL.

Yo no he visto en este mundo
árbol, ni planta, ni flor
que crezca tanto y tan pronto
como en el pecho el amor.

CLI.

Jamás al espejo
te mires ¡oh niña!
Entrará el orgullo en tu alma inocente
al verte tan linda.

CLII.

Poco me importa que canten
del mundo las aves todas :
nacido junto á la mar,
sólo me arrullan las olas.

CLIII.

Á morir voy, pues la sangre
que por mis venas corria
se me sale por los ojos
en lágrimas convertida.

CLIV.

¿Qué es el amor, me preguntas?
Mezcla de dulce y amargo,
isla de gozo y placeres
en un arroyo de llanto.

CLV.

Aún ignora todo el mundo
que á un corazon diste muerte;
que yo lo enterré en mi pecho
para que nadie lo viese.

CLVI.

À las playas de la mar
se parecen mis mejillas
en que las bañan las aguas
todas las horas del día.

CLVII.

Fuiste flor que perfumaste
el aire de mi existencia;
mas fuiste flor y viviste
lo que una flor en la tierra.

CLVIII.

En el fondo del pecho
tengo yo escrito
todo favor que me haces
grande ó chiquito.

Mas los enojos
no te los tomo en cuenta,
luz de mis ojos.

CLIX.

Por encima de las aguas
ví una esperanza flotando,
y ví que la echaba á fondo
el peso de un desengaño.

CLX.

En la estacion de la vida
siembra semillas de bien,
y en la estacion de la muerte
el fruto podrás coger.

CLXI.

Es la flor de la inocencia
una flor tan delicada,
que á veces con un suspiro
sobra para deshojarla.

CLXII.

Paso una vida tan triste,
que me encuentro á todas horas
lentos de llanto los ojos
y de suspiros la boca.

CLXIII.

Yo he dejado á la esperanza
que dentro del pecho viva;
y en pago me está engañando
todas las horas del día.

CLXIV.

Mucho lloré aquella noche,
mas sin verter una lágrima,
porque eran todas de fuego
y el mismo ardor las secaba.

CLXV.

De tanto mirarme en tí,
como tú me estoy volviendo;
que si el mar es tan azul,
es de mirar tanto al cielo.

CLXVI.

Para colores la rosa;
para brillo las estrellas;
para blancura la nieve;
para firme mi firmeza.

CLXVII.

No me compadezcas nunca
por las lágrimas que vierto;
compadéceme más bien
por las que se quedan dentro.

CLXVIII.

Tú que navegas
por esos mares,
mira que espero triste en la playa;
mira no tardes.

CLXIX.

Blanca paloma es mi amor
que vuela siempre á su nido;
á su nido que es tu pecho,
tu pecho, dulce bien mio.

CLXX.

En el sitio en que te hallé
mandé poner una cruz;
que allí murió mi alegría
donde me miraste tú.

CLXXI.

Los párpados de mi hermosa
vienen á ser dos cortinas,
que á veces la luz ocultan,
la luz que á mí me ilumina.

CLXXII.

Yo nunca diré que el mundo
sea de penas un mar,
pues en él un placer hallo
siempre que rompo á llorar.

CLXXIII.

Hubo un tiempo en que besaba
su frente de mármol puro;
mas ya sólo besar puedo
el mármol de su sepulcro.

CLXXIV.

No pienses mal nunca, niña;
que los malos pensamientos,
subiendo en forma de nube,
tapan las puertas del cielo.

CLXXV.

En medio de mi fatiga
quise en la fuente mirarme;
mas la fuente enturbió el agua
para no aumentar mis males.

CLXXVI.

Tu corazon y el mio
al árbol copian:
el tuyo, en que cada año
muda sus hojas;
y el mio ¡ay triste!
en que cada año echa
nuevas raíces.

CLXXVII.

Desde que gimo en prisiones,
todos me dan que sentir:
que hasta los rayos del sol
se han olvidado de mí.

CLXXVIII.

Si se marchitan las flores
de sólo vivir un día,
¿qué será, di, de nosotros
que vivimos una vida?

CLXXIX.

Veinte años pasé tranquilo
sin conocer la tristeza:
la ví cuando «adiós» te dije,
y me acompañó en la ausencia.

CLXXX.

De sauces llorones quiero
mi sepulcro rodeado
para que lloren un poco
por quien ha llorado tanto.

CLXXXI.

Yo no sé lo que tienen
tus ojos, niña,
que quitan los colores
de las mejillas.

CLXXXII.

¿Qué son perlas y diamantes
para engalanar tu cuello?
Yo haré para tí un collar
de estrellitas de los cielos.

CLXXXIII.

Apartar de mí tu imágen
he intentado muchas veces;
mas ¡ay! que las golondrinas
vuelven á su nido siempre.

CLXXXIV.

Un jardin de nieve lleno
parece tu blanco rostro,
con tres flores sin cubrir,
que son tu boca y tus ojos.

CLXXXV.

No creas que estoy alegre
por más que me oigas cantar,
que es la tortolilla el ave
que sufre y que canta más.

CLXXXVI.

Eres árbol venenoso
que seduce al caminante,
brindándole con su sombra
para á su sombra matarle.

CLXXXVII.

¡Cómo quieres que la olvide,
cuando le he dado más besos
que recibe un relicario
al pasar de pueblo en pueblo!

CLXXXVIII.

«Que las olas me sepulten,
dijiste, si hablo con otro.»
Olas del mar, perdonadla,
que yo tambien la perdono.

CLXXXIX.

Tengo un cuadro de tristeza
colgado en el corazon:
lo pintaron tus desdenes,
tu perfidia lo clavó.

CXC.

Por sendas de ilusiones
fuí caminando,
y en los bosques perdime
del desengaño.

CXCI.

Nubes que andais por los altos,
hasta mis ojos bajad;
y humedecedlos un poco,
que están secos de llorar.

CXCII.

No sabes cuánto consumes
con tu desamor, ingrata:
siempre diciendo que espere,
sin darme nunca esperanza.

CXCIII

Al sepulcro bajaria
para envolverme en tus brazos;
que hasta la muerte deseo,
si has de ser tú mi sudario.

CXCIV.

¡Qué bonito es tu semblante
por el llanto humedecido!
¡Qué bonitas son las flores
salpicadas de rocío!

CXC.V.

Sonriendo me miraba
de la dicha en el espejo,
cuando tú, mujer traidora,
lo empañaste con tu aliento.

CXC.VI.

Por esos aires
van mis suspiros
buscando tu alma, como palomas
buscando el nido.

CXC.VII.

Con tus ojos me encendiste
dentro del pecho el amor,
y me has quemado en su llama
las alas del corazón.

CXCVIII.

En la cuna de tus labios
yo puse á dormir un beso:
lo arrullaron mis suspiros,
tus sonrisas lo mecieron.

CXCIX.

La esperanza es como el lirio
que florece entre las aguas;
cuanto más llanto la cerca,
crece más bella y ufana.

CC.

Á la soledad me fui
para perderte de vista,
y en el fondo de las selvas
te encontró mi fantasía.

CCI.

Hago, prenda del alma,
con tu recuerdo
lo que con la hoja seca
rápido viento :
siempre conmigo,
ya por cielos camine,
ya por abismos.

CCII.

Es tan gracioso tu cuerpo,
y es tan bonita tu cara,
que sé que te tiene envidia
hasta el ángel de tu Guarda.

CCIII.

Como eres tan bondadosa,
yo te comparo á las nubes
que toman agua de mar
y van lloviendo agua dulce.

CCIV.

Me aconsejan que suspire
para que encuentre descanso;
pero el suspiro es muy corto
y el mal que tengo muy largo.

CCV.

Unos leen su destino
en las estrellas del cielo:
á mí me bastan tus ojos
para saber lo que quiero.

CCVI.

La espina de los dolores
me conoce tanto y tanto,
que cuando tiene que herirme
me hace ya muy poco daño.

CCII.

Para lograr que te olvide
no sé lo que hará tu madre;
pues la muerte, con ser muerte,
no tiene poder bastante.

CCIII.

El tiempo me quiere mal;
y va tan en contra mía,
que cuando me ve á tu lado
corre mucho más de prisa.

CCIX.

Tan sólo á besar la playa
de léjos las olas vienen;
mas en cuanto la han tocado,
entre otras olas se mueren.

Entre otras olas se mueren,
cual los deseos mundanos
que en logrando el primer beso
quedan muertos en el acto.

CCX.

Más rubia que un hilo de oro,
más blanquita que la leche,
más hermosa que un lucero,
¿qué he de hacer sino quererte?

CCXI.

En cuanto miré tu cara
se me partió el corazon:
porque contener no pudo
en tan poco tanto amor.

CCXII.

De tí me acuerdo más veces
que flores hay en la tierra,
que estrellitas en los cielos,
y que en las playas arenas.

CCXIII.

En la fuente del amor
yo me harté de beber agua,
y el agua que bebí entónces
la estoy devolviendo en lágrimas.

CCXIV.

Del color de la violeta
deben ser tus ojos, niña:
yo nunca te los he visto,
pero esto mismo lo afirma.

CCXV.

Aires que vais hácia el monte,
aguas que vais hácia el mar,
decid á mi dulce dueño
que la adoro más y más.

CCXVI.

¿Me preguntas lo que busco
con tanto mirar al cielo?
Las estrellas de más brillo,
para escribirla «te quiero».

CCXVII.

La mirada que me echaste
ayer tarde en la pradera
fué una gotita de miel
en la copa de mis penas.

CCXVIII.

Tu nombre grabé en un árbol
y de la herida murió:
murió de la misma muerte
que mi pobre corazon.

CCXIX.

Pretendí á una nubecilla
contarle todas mis penas;
mas en cuanto hube empezado
cayó en lágrimas deshecha.

CCXX.

Cuando me miro en tus ojos,
celos me encienden el alma
de ver á mi propia imágen
que en su fondo se retrata.

CCXXI.

Por lo que has hecho conmigo
te he comparado á Moisés,
que á una roca del desierto
lágrimas hizo verter.

CCXXII.

Las semillas del amor
que á un tiempo los dos cogimos,
yo en mi pecho las sembré,
tú en los campos del olvido.

CCXXIII.

No niegues tu pan al pobre
que de puerta en puerta llama:
quizá te enseña el camino
que tú seguirás mañana.

CCXXIV.

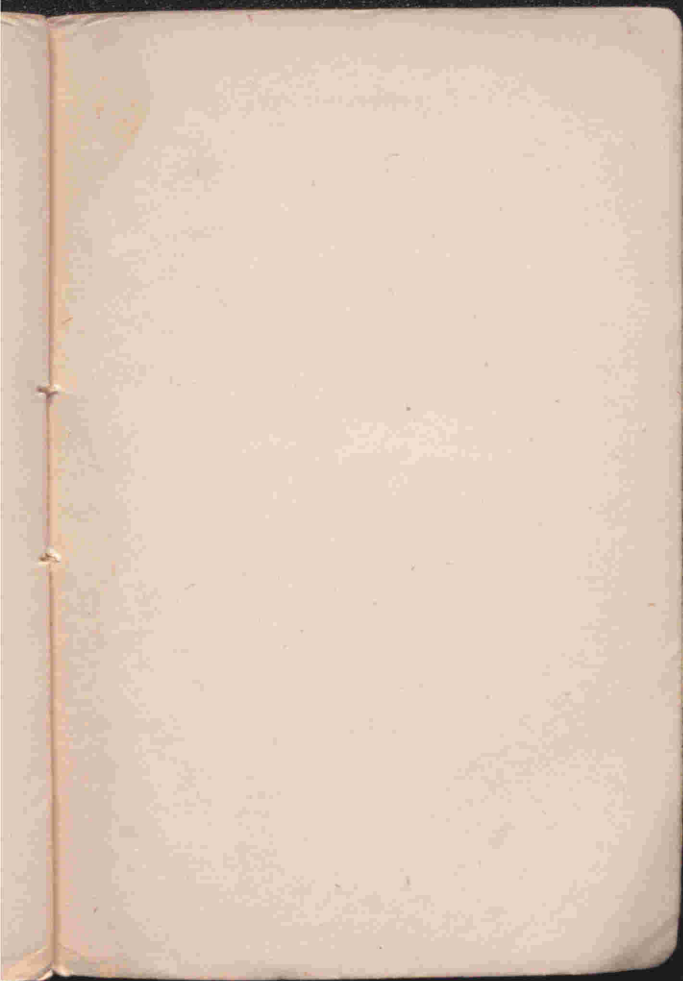
Claveles por labios
adornan tu boca.
Dios quiera que nunca tu llanto de pena
despinte sus hojas.

CCXXV.

Yo quise á través del aire
mandarte mi pensamiento;
mas era tan puro y casto
que se fué volando al cielo.

CCXXVI.

Gotas parecen mis lágrimas,
gotitas de agua de mar,
en lo amargas, en lo muchas,
y en que al cabo me ahogarán.



G
goti
en
y e



Se vende á **4 reales** en las librerías de Durán,
Bailly - Balière, San Martín, Gaspar y Roig,
Lopez, Escribano, y en las principales de pro-
vincias.

Pedidos: á D. Eduardo Hidalgo, Calderon
de la Barca, 4.

